



El dolor de Buenos Aires

MIGUEL LABORDE

Jorge Luis Borges, tan políticamente incorrecto, exaltó su gran ciudad cuando muchos escritores de América Latina —la mayoría— le volvían la espalda a las grandes urbes donde iban a morir los campesinos, las tradiciones, las artesanías, todas las raíces antiguas del continente. Pero él, impávido, siguió escribiendo de esquinas y de calles. Sus ojos, cuando aún le servían de algo, no le habían dejado ni selvas ni glaciares andinos. Sólo una ciudad, ámbito donde el hombre, repetitivo casi siempre, se mueve "casi como la pantera en su jaula".

Y es que, para él, Argentina nació en Buenos Aires. Mientras el interior se dividía en caciques y bandos, montoneras y facciones armadas, inventando odios y banderías, en Buenos Aires se afeitaban el judío con el turco, el gallego y el in-

glés, italiano y vasco. Escribir al fin, advirtió que esa realidad mezclada, novelesca, es carne de literatura. Eso de tanta diversidad conviniendo en un mismo espacio le pareció fascinante, y su biblioteca creció, desde joven, en obras sobre el espacio y el tiempo.

Defensa de la urbe

La violencia lo hipnotizó. El que América Latina se hubiera fascinado en el siglo XIX, envuelta en pasiones románticas modernas y ambiciones tan antiguas, ligando la geografía a la guerra —"el ámbito en que se odian dos colores"— le parecía uno de los peores dramas de la historia. Mejor es la ciudad, o el barrio, que saben mucho de rivalidades pero poco de odios. Y son creaciones humanas, más comprensibles. Si las pampas se iban sucen-

do de carreteras, rieles de ferrocarril, cables de telégrafo —aumentándose, — no era una desgracia.

Que Virgilio y Horacio añoraran el campo, lejos de las corrupciones y decadencias del Imperio, poco le importaba, allá ellos; que el débil Renacimiento evocara el lejano tiempo del cuerpo desnudo y la fruta en los árboles, lo hacía secaré largamente.

Que Rousseau renegara de las urbes humanas, para fantasear con islas paradisíacas y vírgenes, era sólo otro error más de cierta Europa frágil, incapaz de asumir los dolores del trabajo y el hambre, la realidad cotidiana.

Era mejor, con fría lucidez, reconocer el planeta. Entender que ya todo es humano salvo algunas cumbres muy lejanas, porque el hombre todo lo ha explorado y tocado desde tiempos remotos. Los pobres, con sabiduría innata, seguirán llegando

a las ciudades, miles cada año.

Escribió Borges de un hombre que se dedicó, infatigable, a la tarea de dibujar el mundo, con todas sus provincias, montañas, personas, hermandades. Al fin de sus días descubrió que el total configuraba una sola imagen, nada más que una, su propio rostro.

Pobre Borges si caminara por este Buenos Aires de violencias inéditas y pobrezas nunca enfrentadas en la rico Argentina, hundida en una miseria que siempre fue lacra de otros, jamás de la orgullosa potencia del Cono Sur. Este espectáculo, agobiante bajo el húmedo calor —¿tercermundista?— hace aflorar todo aún más. Como si la pampa, la sometida naturaleza, se alzara de las raíces para recuperar su espacio bajo el sol.

El presidente Eduardo Duhalde asegura que Argentina está condenada al éxito.

El dolor de Buenos Aires [artículo] Miguel Laborde.

Libros y documentos

AUTORÍA

Laborde, Miguel

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El dolor de Buenos Aires [artículo] Miguel Laborde.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile